

Àlex CLARAMUNT SOTO: *Es necesario castigo. El duque de Alba y la revuelta de Flandes*, Madrid, Desperta Ferro, 424 pp., ISBN: 978-84-124985-0-9.

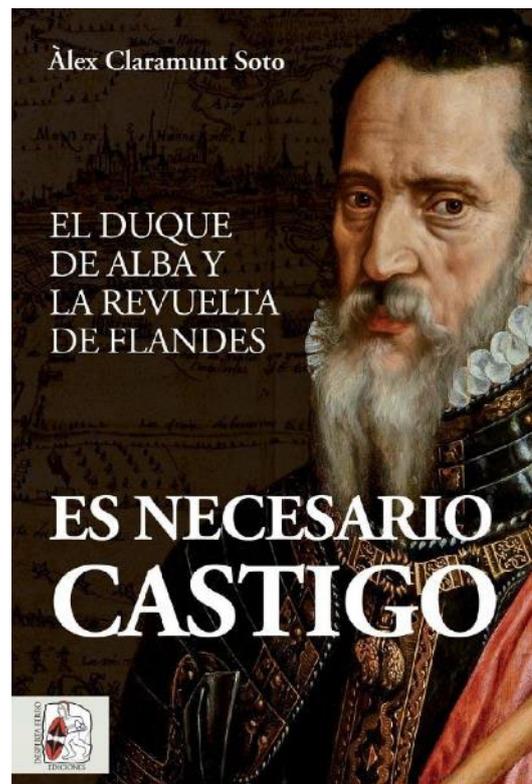
Pablo Polo Rodríguez
Universitat Autònoma de Barcelona

El Vietnam español: La Revuelta de Flandes y el Duque de Alba.

Es necesario castigo. El duque de Alba y la revuelta de Flandes, es la primera monografía que se publica dedicada exclusivamente al inicio de la revuelta de Flandes. Àlex Claramunt, licenciado en periodismo por la Universitat Autònoma de Barcelona, ha publicado varios trabajos centrados en la historia militar de la monarquía hispánica en los siglos XVI y XVII y es en este ámbito que el autor aprovecha para publicar esta obra, justamente el año que se cumplen 450 años del regreso del III Duque de Alba Fernando Álvarez de Toledo a España, tras fracasar en su cometido de sofocar la revuelta de Flandes.

Aunque no tengamos obras que narren las campañas del Duque en los Países Bajos, sí que encontramos biografías del Duque de Alba escritas por William S. Maltby (1983), Gustaaf Janssens (1994) o Henry Kamen (2004); un breve trabajo sobre las campañas del duque en los Países Bajos, de Rubén Saéz Abad (2018); y publicaciones más generales sobre la revuelta de los Países Bajos o las relaciones de Flandes con la Monarquía Hispánica, como las de Geoffrey Parker (1989), Pieter Geyl (1932) o Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe (1998), por citar algunos. La intensa vida del III Duque de Alba también ha propiciado la recreación literaria escrita por Juan Carlos Losada (2010).

El objetivo de Claramunt es claro. Se trata de contestar estas dos preguntas: ¿Qué hizo detonar la revuelta y cómo es que hasta católicos se unieron a la misma?, y ¿Cómo es posible que un poder como el de la Monarquía Hispánica fuese incapaz de sofocar una revuelta en la que se enfrentaba a tropas de inferior calidad? Para contestar estas preguntas, el autor se sirve de fuentes primarias muy diversas, oficiales, pero



también memorias, crónicas y correspondencia, no solo españolas sino también flamencas, que al final del libro son relacionadas junto a una destacada bibliografía. El libro también incluye grabados, sobre personajes o sucesos importantes, así como páginas con cuadros, mapas de la época a color y mapas específicos para ilustrar las diferentes campañas y asedios que relatan. Hay que agradecer a la editorial Desperta Ferro esta cuidada y útil edición.

El libro se divide en dos bloques bien definidos y cada uno de ellos responde a una de las preguntas que se han formulado anteriormente. La primera parte abarca los tres primeros capítulos. En estos, Claramunt comienza desmitificando el perfil de fanático católico del Duque, explicando que esto no influyó tan decisivamente como se ha dicho en las decisiones políticas que tomó. Fueron otras las motivaciones. De mayor peso fue, a juicio de Claramunt, una firme concepción del poder autoritario de la Monarquía, muy alejado del pensamiento político neerlandés, en la que no cabían concesiones para, por ejemplo, los autores de la furia iconoclasta de 1566. Y, en segundo lugar, el autor plantea que don Fernando Álvarez de Toledo, tal como lo dice Claramunt, asumió una estrategia calculada por la cual “debía blandir la espada, en tanto que a Felipe II, como *pater patriae*, le corresponde llevar la vara de olivo a sus súbditos descarriados”. Por lo tanto, el Duque de Alba, como persona de máxima confianza de Felipe II, iba allí a mancharse las manos para que luego el monarca pudiera otorgar el perdón en un viaje triunfal. Ya sabemos que el plan no se cumplió en esta segunda parte, ya que el rey tuvo que cancelar su viaje por el estallido de la Revuelta de las Alpujarras, la muerte o asesinato (lo dejo a interpretación del lector o lectora) del príncipe Don Carlos y el fallecimiento de la reina Isabel de Valois, todo eso en el año 1568. Así pues, como dice el autor, de pronto el Duque, que había ido a hacer de militar, se vio abocado a ejercer de gobernador.

Aclarado el porqué de la política que siguió Alba, el autor pasa a explicar las diferentes medidas que se tomaron: militares, religiosas y fiscales. Entender estas políticas y su eficacia nos lleva a poder responder la primera pregunta formulada más arriba. Quizá donde el Duque acertó más fue en sus medidas militares, que aunque facilitaron la extensión rebelde por Holanda, le ayudaron a afianzar su posición en otros puntos y poder repeler los ataques fronterizos durante 1572. Sin embargo, fue en el ámbito religioso y fiscal donde cavó su propia tumba. Por un lado, con unas medidas de persecución de los herejes ineficaces y que se saldaron con 1000 ejecuciones. Por otro, el intento de aplicar una agresiva política fiscal sobre una población que estaba viviendo una situación económica terrible por la guerra y una coyuntura climática especialmente adversa en aquellos años, a la que se sumaba el mantenimiento de las guarniciones militares españolas, fracasó ante la férrea oposición desde todos los estamentos, lo que hizo que perdieran todo apoyo y, de hecho, sería contra estos poderes locales, contra los que los rebeldes se levantan animados por la toma de Briel por los mendigos del mar. De hecho,

esto nos ayuda a desmentir las afirmaciones tradicionales de que fue una revuelta de carácter nacionalista en contra de Felipe II, todo lo contrario, fue una revuelta más cercana a una guerra civil donde los propios rebeldes consideraban que estaban luchando por el rey, al menos en un principio y durante el gobierno de Alba. Aunque estas medidas suelen ser las más tratadas, el autor también resalta otro tipo de medidas, a menudo olvidadas, de carácter administrativo. En este sentido, el Duque promulgó leyes de protección de cultivos y bosques, contra el nepotismo en la administración y prohibió la venta de grano en el extranjero.

La segunda parte de la obra, que abarca el resto del libro (del capítulo 4 al 8), se centra en el detallado relato de las campañas militares, una narración donde Claramunt lleva al lector de la mano en un viaje por trincheras, escaramuzas, diques, fortificaciones, barro y hielo para comprender la naturaleza de la guerra en Flandes. El conflicto estuvo muy determinado por la geografía, la cual sería profundamente estudiada por Alba a través de una producción cartográfica que él mismo encargaría. En su larga trayectoria militar jamás se había enfrentado a un territorio de aquellas características, un terreno en forma de tierras bajas, fácilmente inundables por los numerosos ríos y lagos, y con diques. Este factor fue definitivo en cómo se tuvo que hacer la guerra, pues esta se estancó en largos y costosos asedios más que en grandes batallas. El terreno jugó un papel crucial para la derrota del bando realista, pues los rebeldes supieron utilizarlo a su total favor. Por ejemplo, durante el asedio de Alkmaar los realistas tuvieron que levantar el asedio a toda prisa, ya que recibieron información de que los rebeldes planeaban abrir la esclusa de Krabbendam. La particular configuración del terreno también les facilitó la defensa de provincias enteras, actuando ríos y lagos como auténticas murallas que obligaban a las tropas de Alba a hacer grandes rodeos, complicándoles más aún las tareas logísticas. Los rebeldes demostraron una notable superioridad naval, gracias en parte al dominio y control de ríos y lagos que actuaban prácticamente de carreteras por donde transportar los suministros.

La otra gran causa que apunta Claramunt por la que las tropas realistas fueron derrotadas por los orangistas, fue la incapacidad del Duque de Alba de pagar a sus tropas, un problema endémico para la Monarquía Hispánica. Un problema por el que nuevamente Orange no tuvo que pasar, pues él pudo pagar regularmente a sus tropas. Estos impagos se tradujeron en motines que impidieron a Alba aprovechar las situaciones ventajosas después de victorias importantes. El caso más relevante ocurrió en el asedio de Haarlem. Tras conseguir la plaza, habiendo pagado un precio alto en sangre, las tropas españolas se amotinaron durante prácticamente tres semanas, lo que obligó al Duque a tener que cambiar sus planes y poner su mira sobre Alkmaar en vez de tomar Enkhuizen y Flesinga. Como ya sabemos, Alkmaar fue un completo desastre que acabó con la retirada de don Fadrique y sus tropas del asedio.

Una buena aportación del libro es poner el foco sobre los diferentes personajes que desde el bando realista se opusieron a las medidas de Alba. Quizá el más conocido será el duque de Medinaceli, pero también serán críticos el propio Requesens o figuras menos conocidas como el vicario general del arzobispado de Malinas, Maximilien Morillon, el secretario del Consejo Privado, Esteban Prats, o el humanista Benito Arias Montano. Estas críticas sobre todo surgieron a raíz de los sangrientos saqueos de Malinas, Zutphen y Naarden, que el Duque utilizó de manera ejemplarizante para que el resto de ciudades abrieran las puertas a las tropas realistas. Fue un grave error, ya que sobre todo hizo crecer, pues resultó en todo lo contrario, creció más aún el odio hacia las tropas extranjeras por parte de la población. Todos estos personajes fueron clave para que el propio rey se diera cuenta de la fallida política de Alba. Pese a ello, la importancia del Duque para la monarquía no menguó, y, según Claramunt, su fama se multiplicó impidiendo que Felipe II tomara medidas contra él. Felipe II creó dos juntas para investigar el gobierno de Alba en Flandes, algo que, desgraciadamente, en el libro queda poco aclarado.

Aclarados ya los objetivos e ideas del texto, me permitiré hacer una pequeña crítica y es que echo en falta una conclusión bien desarrollada que condense todas las reflexiones que contiene el libro. Ciertamente, hay una pequeña conclusión en forma de epílogo, pero ahí solo habla sobre el porqué la Monarquía Hispánica se ve incapaz de sofocar la revuelta. Sin embargo, se le quedan en el tintero una serie de ideas que merecen estar en las conclusiones, ya que es ahí, donde el autor muestra sus resultados y el valor historiográfico de su obra.

A pesar de esta pequeña crítica, nos encontramos ante una obra rigurosa de tono divulgativo que encantará a los muchos aficionados a la historia militar y a los interesados en la historia de la Monarquía Hispánica y sus relaciones de poder en los Países Bajos. El uso de las fuentes y bibliografía flamencas, lo que le aleja de la tradicional visión hispanocéntrica (de hecho, “terciocéntrica” si se me permite la palabra) de muchas de las obras sobre la revuelta. Es realmente un libro útil para entender el inicio de un conflicto que se extendería durante casi un siglo entero y que drenaría los recursos, como un pozo sin fondo, de la Monarquía Hispánica.